

SOR PIEDAD

(POEMA ÍNTIMO)

A la señora doña Emilia Ortega de Carrasquilla

I

Amanece.... las brisas matinales
como cortantes ráfagas de hielo,
cruzan ligeras el nublado cielo
como un recuerdo del ayer ausente ;

mientras que caprichosos se amontonan
como copos flotantes de alba espuma,
rotos jirones de nevada bruma
que el viento impele hacia el dorado oriente.

La grave esquila misteriosa vibra
en el hondo silencio del convento,
como un desgarrador ¡ ay ! de lamento
perdido de la selva en la espesura,

y asciende por las viejas arquerías
del claustro y la capilla solitaria,
como hasta a Dios asciende la plegaria
en las horas de amarga desventura.

Con paso grave, recogido y ledo,
unas tras otras como sombras vanas,
desfilan silenciosas las hermanas
por los desiertos claustros hacia el coro ;

y postradas de hinojos blandamente
entonan la salmodia matutina,
mientras el sol pasando la vitrina
derrama allí sus ánforas de oro.



Un murmullo de amor blando y sencill o
como el materno canto de la cuna ;
casto como los besos de la luna,
puro como el aroma del sagrario,

se eleva de esos labios temblorosos
de do el amor aprisionado brota ;
de donde manan cu al de vena rota
los ardorosos salmos del breviario.

Perdidas luégo en mística penumbra
tras de la fuerte y alta celosía,
ocupan la tallada sillería
del legendario coro del convento ;

y olvidando la vida pasajera
a impulso de oración enardecida,
despiertan a las luces de otra vida
donde es sol el fulgor del pensamiento.

II

Postrada en el pesado adoratorio
del viejo coro, ya la luz incierta
que por la ojiva transparente abierta
deja sobre su frente un halo puro ;

semeja en su hierática apostura,
a la pálida luz de la vitrina,
una estatua de mármol peregrina
arrancada del friso de algún muro.

En sus hondas miradas, silenciosas
como un cerúleo lago transparente
la quietud del misterio se presiente,
el reposo del cielo se adivinã ;

no hay allí tempestades ni borrascas
sino el hondo silencio del abismo ;
la paz del religioso misticismo
que hasta el cielo las almas encamina.

Alta la frente, inmóvil la mirada
que revuelve en incierta lejanía,
con la tristeza mística del día
y la inquietante fiebre del anhelo ;

bajo la nieve de la blanca toca
que el pensamiento prisionero encierra,
se confunden las sombras de la tierra
con la brillante claridad del cielo.

En amplios pliegues majestuoso rueda
como un suave cendal de noche oscura,
su recatada y blanda vestidura
envolviendo su cuerpo macilento ;

en tanto que sus manos de alabastro
en actitud de místico delirio
semejant en su seno casto lirio
nacido entre las sombras del convento.

Reclinada de hinojos, reverente,
en muda adoración llena de vida,
clava los ojos en la abierta herida
del viejo Cristo que frontero mora ;

y mientras el alma en elación piadosa
se levanta del mundo fementido,
entre sus labios tímido vagido
suspira.... ruega.... se dilata.... y ora.

Hasta que al fin de sus ardientes labios,
como pálida y blanda cineraria,
tiembla y se escapa mística plegaria
que en alas del amor remonta el vuelo ;

y en tanto que sus ojos suplicantes
la siguen en su ascenso misterioso,
su alma de luz enlázase al Esposo
sobre el cerúleo tálamo del cielo.



Y suspendida en casto arrobamiento,
cual del seno materno el blando niño,
del amor eucarístico al cariño
se adormece en los brazos del Amado ;

y sueña venturosa que en el cielo
al compás de laúdes celestiales,
celebra desposorios eternos
con el casto Cordero Inmaculado.

III

Vibra de nuevo la campana ; entona
el órgano sus cantos de victoria,
y envuelto en sombras baja de la gloria
como un sol invernal el Bien Amado ;

y rompiendo de nuevo las prisiones,
anhelando caricias inmortales
oculto en eucarísticos cendales
se adelanta Jesús Sacramentado.

Y pasando al través de la envoltura
que le oculta el " Amor de sus amores,"
pasa como la brisa entre las flores
o la luz por la espesa celosía ;

y otra vez enlazándose a la Esposa
que lo espera con ansias celestiales,
renueva los divinos esponsales
sobre el dorado tálamo del día.

Los ojos sierra, las pupilas torna
a la serena inmensidad del alma,
para gustar en religiosa calma
el Pan de Amor y el misterioso Vino ;

y doblando la frente sobre el pecho
de Jesús, como Juan en la otra cena,
semeja en su reposo una azucena
dormido sobre un lago cristalino.

Hay algo misterioso en esa hora
de honda quietud y religiosa calma :
es que el Amor divinizando el alma
la arrebató a la vida de este suelo ;

y en el dulce Tabor de la plegaria
transfigurando al alma pecadora,
revístela con nieves de la aurora,
fulgor de tarde y claridad de cielo.

La carne se ha dormido ; sólo el alma
perdida en misteriosa lejanía,
con el tranquilo amanecer del día
despierta venturosa en otro suelo ;

por eso en la blancura de esa frente
que el pensamiento prisionero encierra,
se amortiguan las luces de la tierra
para dar paso al resplandor del cielo.

Luégo.... volviendo del piadoso sueño
mezclada con las otras religiosas,
entona las salmodias misteriosas
que brotan de las hojas del breviario ;

o con sus finas manos de alabastro
donde la nieve amontonó su albura,
desgrana recogida con ternura
las fugitivas cuentas del rosario.

IV

Cae la tarde glacial ; el sol vencido
como un viejo monarca se retira,
mientras que enciende luminosa pira
en el poniente, de escarlata y ero.



La sombra invade el legendario claustro,
los vetustos altares, la arquería....
hasta ocultar la vieja sillería
y los retablos del desierto coro.

Con ledo paso que el silencio extingue
unas tras otras, como sombras vanas,
cabizbajas desfilan las hermanas
en busca de la celda silenciosa.

El murmullo se apaga blandamente....
la oración se ha dormido, sólo vela
la lamparilla que el Sagrario riel
y el amor de la humilde religiosa.

Hundida en el pesado adoratorio
y al claror de la lumbre vespertina,
que al pasar al través de la vitrina
deja sobre su frente un halo puro.

Semeja en su hierática apostura,
a la luz del Sagrario temblorosa,
una estatua de mármol misteriosa
arrancada del friso de algún muro.

La carne se ha dormido; sólo el alma
perdida en misteriosa lejanía,
palpita estremecida de alegría
recordando al Amado peregrino.

Y sueña que el Amor de sus amores
llegando hasta su lecho blandamente,
deja amoroso en su nevada frente
un ósculo eucarístico y divino.

.....

La carne se ha dormido. Recogida
baja las alas púdicas del sueño,
sueña amorosa con su casto Dueño
al rumor del "Cantar de los Cantares."

Y doblando la frente sobre el seno
del Bien Amado que su vida llena,
semeja en su reposo una azucena
dormida en el silencio de los mares.

JORGE ARTURO DELGADO
Presbítero

Pasto, mayo 15 de 1913.

Honroso testimonio

Delegación Apostólica—Bogotá, 11 de julio de 1913

Señor doctor don Juan Antonio Caicedo—E. L. C.

Señor:

Recibí hace algunos días la interesante tesis sobre *servicio consular* que presentó usted el día en que le fue conferido el título de doctor en jurisprudencia por el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Sentí verdaderamente no poder asistir a ese acto solemne, pero motivos de salud me lo impidieron.

Felicito a usted por su estudio, que he encontrado interesante y útil aun para los diplomáticos.

Ruego a Dios haga adelantar a usted cada día en su profesión, que le presenta tantas oportunidades para hacer el bien y corresponder así tanto a sus sentimientos religiosos como a sus deberes para con la patria.

De usted muy atento servidor y amigo,

† CARLOS

Arzobispo de Larissa, Delegado Apostólico



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico